

Reflexiones

Padre Nicolás Schwizer

Eucaristía y vida - 6 Ofertorio

La Palabra nos invita al ofertorio. Nos invita a entregarnos al Padre, como el pan y el vino, totalmente. Dios nos pide identificarnos con el pan y el vino y entregarnos también como ofrenda. Para que Él pueda obrar en nosotros el mismo milagro de transformación que va a realizar con el pan y el vino. Esa es la idea del ofertorio.

Sin embargo, nuestra reacción espontánea a este llamado, a hacernos ofrenda para dejarnos consagrar en Cristo, suele ser el temor. Porque el ofertorio es aceptar que Él nos identifique con Cristo crucificado. El ofertorio es la invitación a dejarnos sumergir por el Padre en el misterio pascual, paso del Señor de la muerte a la vida. Y lo misterioso consiste en que a la vida se llegue por la muerte.

Al dolor le tenemos miedo porque es destrucción, porque es muerte. Y creo que este es el momento -el ofertorio- de pensar en nuestros temores: cuáles han sido los grandes dolores que nos han dejado temores; cuáles son aquellos dolores que nos costaría poner en la patena. Tal vez alguna enfermedad, crisis interiores, momentos de dudas de fe, pérdida de seres queridos, fracasos, tensiones comunitarias, inseguridad económica, el temor a cosas que no nos han pasado pero podrían pasarnos, finalmente el temor a la muerte.

El ofertorio de la misa es un llamado a vencer el miedo. Porque el miedo es una fuerza que paraliza nuestra entrega de hijos. Impide nuestra transformación en Cristo, impide que en Él nos hagamos plenamente hijos.

La pista más grande del sentido del dolor es el misterio pascual mismo: la muerte y resurrección de Jesucristo. ¿Y qué nos manifiesta el misterio pascual? Que Dios ha sido capaz de convertir este dolor, en fuente de vida y salvación. Si Dios permitió la muerte de Cristo, la permitió porque iba a sacar de ahí esperanza de vida y resurrección para todos nosotros.

Todo esto nos invita a ponernos con confianza en la patena y en el cáliz como ofrenda. Así nosotros debemos colocarnos en la patena y decirle al Padre: me entrego entero, con todo lo que soy y tengo y, también con todos mis temores y angustias, para identificarme, para transformarme en Cristo, tal como el pan y el vino se van a convertir en Él.

Prolongación del ofertorio en la vida diaria.
¿Cómo vivo yo la disponibilidad del ofertorio en la semana?

¿Prolongo mi actitud de la misa poniendo todo en las manos de Dios como en una gran patena y le digo: Padre, haz que todas esas alegrías y penas de hoy me ayuden a identificarme más con Cristo?

Cuando llega la noche, ¿Tomo ese día que pasó, feliz o triste, y lo hago ofrenda en las manos de Dios?

La sabiduría del amor consiste en hacer feliz al otro y así ser feliz uno mismo con la felicidad del otro. Las renunciaciones del amor me hacen descubrir esa alegría de gozar dándole alegría al otro, que es la alegría más profunda y más pura. Tengo que perder el miedo a que el cónyuge o el hijo me pueda pedir algo que me cueste. ¿Y qué me importa que me pidan algo que me cueste, si haciendo eso yo crezco en el amor y la felicidad?

La entrega del ofertorio en la misa tiene que ser el resumen de todos los actos de ofrenda a lo largo de la semana. Actos de ofrenda en manos de Dios, en manos del marido o la esposa, en manos de los hijos, en manos de los hermanos de nuestro grupo de vida. Y todas son para mí manos de Cristo.

Y sin ponerme diariamente en las manos de ellos, no podré nunca ponerme de corazón en las manos de Dios, en el ofertorio de la misa dominical. Sería un acto desconectado de todo lo que estoy viviendo durante la semana.